

Weimar, esté ligada la huma-
 inestimables. No importa que
 hayan dado a la tierra espec-
 es de inconmensurable grandeza
 de la emancipación helvética,
 ños, y el de la lucha de las
 is de los Países Bajos contra
 onarquía española. No importa
 Holanda y de Bélgica, como
 les del equilibrio europeo, esté
 s actos de la política inglesa
 en el siglo XVI, en el siglo
 XVIII, en el siglo XIX, de-
 es Bajos desde Felipe II, Luis
 hasta hoy, la libertad europea.
 pel de los pequeños Estados
 ina, cuando su insurrección, al
 XVIII, atajando el vuelo a
 tanto contribuyó para la des-
 a. No importa que entre esos
 es, como la República Argen-
 asil, de inmensos territorios,
 s, riquezas maravillosas, alta
 fastos que honran la historia
 ana,
 porque sólo una consideración:

se tendrá en cuenta; la de su inferioridad mili-
 tar, la de su insuficiencia guerrera, la de su
 desventaja en una comparación de fuerzas con
 las grandes naciones armadas.

Para éstas no existe ninguna ley según la
 moderna moral bélica, a no ser la de que la
 fuerza prima al derecho, la de que el derecho
 es apenas un accesorio de la fuerza. Según los
 magnates del sistema, los pequeños Estados cons-
 tituyen, para la tranquilidad de los grandes, un
 riesgo perpetuo, son entre las potencias el pomo
 de la discordia, dan causa frecuente a la guerra,
 y le deparan campo habitual en sus territorios
 mal defendidos.

“¿Cuándo fué” (la pregunta es de Geffken,
 que no sufre la sospecha de ser latino) “cuando
 fue que Holanda, Bélgica o Suiza fomentaron
 jamás la discordia entre los Estados vecinos?”
 Ciertamente nunca. Mas “La raison du plus fort
 est toujours la meilleure.”

La fábula de La Fontaine encierra en sí toda
 la evolución contemporánea del derecho de gen-
 tes culto. ¿Qué le vale al cordero estar bebiendo
 más abajo que el lobo en el arroyo, si a des-
 pecho de la evidencia, el apetito del carnice-
 voraz le arguye que le enturbia las aguas?